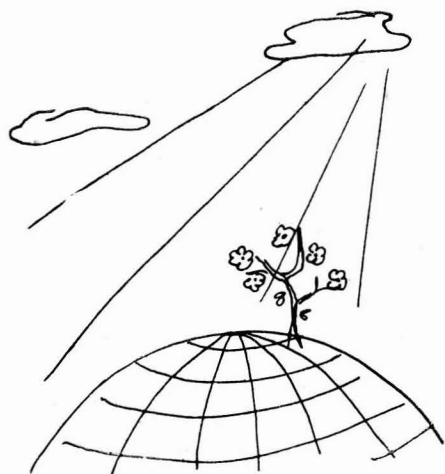


PROTESTAS

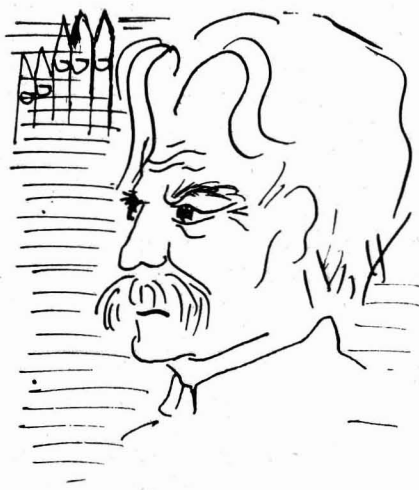
UNA BUENA parte de las revistas extranjeras que he leído durante las últimas semanas incluyen diáfanas protestas contra la prosecución de las pruebas de armas nucleares. No se trata de clamores demagógicos, sino de argumentos razonados sobre bases científicas y morales. Quienes protestan no son los miembros o simpatizantes de algún partido; son hombres de ciencia, escritores independientes, como Albert Schweitzer, testigos de los estragos en Hiroshima y Nagasaki. Y sus llamados no se dirigen a un solo gobierno, a una nación determinada; antes requieren a todos los gobiernos y naciones responsables, sin distinción de matices ideológicos.

CONSIDERACION SERENA

CAREZCO del espacio suficiente para reproducir los alegatos relativos, que por lo demás han sido parcialmente reseñados en la prensa diaria. Sólo puedo asegurar que el conjunto de razones expresadas hace esperar su consideración serena y minuciosa por cuantos tienen directa ingerencia en tales asuntos.



LA FERIA DE LOS DIAS



UNA OPINION PUBLICA

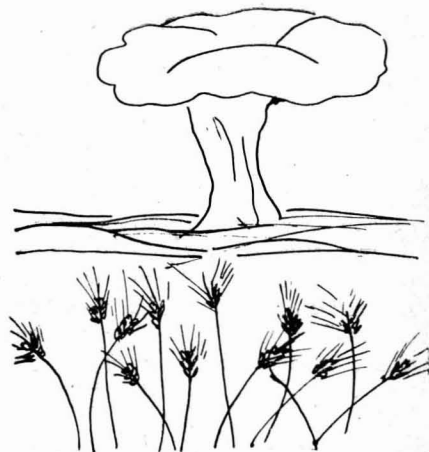
Y TAMBIÉN por las multitudes de profanos que forman la opinión pública de las naciones civilizadas. Es, en definitiva, un problema universal, y por tanto, como bien afirma el doctor Schweitzer, toca a esas corrientes generales de



pensamiento y opinión el decidir, entre los varios posibles, cuál sea el rumbo más seguro, una vez aportada la necesaria información al respecto.

SCHWEITZER

OJALÁ, en fin, que no se pierdan en el viento estas palabras del propio Schweitzer: "Estamos cometiéndolo una locura, una insensatez.



Es preciso que nuestra decisión para sobreponernos no venga demasiado tarde. Es preciso echar mano de toda nuestra inteligencia, de toda nuestra ponderación, de todo nuestro valor para abandonar la locura y enfrentar la realidad." Palabras que recogen la fuerza y la esperanza de la auténtica civilización; que, al margen de las muchas facciones que nos agobian, declaran el anhelo de un mundo angustiado, ante cuyas legítimas aspiraciones a una digna supervivencia han prevalecido hasta ahora los intereses más mezquinos.

NI ESTO NI AQUELLO

NADIE tiene derecho a capitalizar semejantes inquietudes en provecho de un credo sectario. Pero nadie, tampoco, tiene derecho a desentenderse de ellas. Es el decoro humano lo que está en juego. Más aún: la existencia misma del hombre sobre la tierra. No vale, pues, encogerse de hombros. Ni pretender que aquí no ha pasado nada y que el universo seguirá, como quiera, su inevitable marcha.

—J. G. T.

